PÁGINAS VENEZOLANAS
CONTEMPORÁNEOS

Cuentos sucedidos

Eduardo Sanoja

Fundación Editorial
el perro y la rana

Cuentos sucedidos

Fundación Editorial
el perro y la rana

© Eduardo Sanoja
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (DIGITAL)
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

CORREOS ELECTRÓNICOS
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com
PÁGINAS WEB
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve
REDES SOCIALES
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: Carlos Zerpa
EDICIÓN: Alejandro Silva
CORRECCIÓN: Yessica La Cruz Báez
PORTADA Y DIAGRAMACIÓN: Carlos Herrera

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
N° DC2018001833
ISBN 978-980-14-4318-6

COLECCIÓN ***Páginas Venezolanas***

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas. La constituyen tres series:

Clásicos abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

***Contemporáneos** reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.*

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

Cuentos sucedidos

Eduardo Sanoja

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS CONTEMPORÁNEOS

Prolegómeno breve

No busque rasgos excepcionales en mis letras. No soy erudito, ni filólogo y ni siquiera bachiller. Aprendí lo poco que sé del idioma a través de una buena educación primaria, mucha lectura de todo tipo y luego una especie de posgrado empírico ejerciendo el oficio de corrector de pruebas y corrector de estilo durante unos doce o catorce años. Esto que digo es a manera de explicación acerca de mi herramienta.

Lo otro; es decir, estos cuentos, son una mezcla de vivencias propias y ajenas con fantasías de este empeño vital de ver el mundo no como es, sino como quisiera que fuera. En todos hay una intención agazapada que pretende golpear y derribar las creencias y los prejuicios más antiguos.

Posiblemente algunos de estos textos molestarán. Y así debe ser. Es el duende de mis irreverencias y de mis frustraciones. Es ese duende que me recuerda las miles de veces en que he sido un perdedor en monedas y un ganador en sueños.

Ese duende brincón le recordará muchas veces que usted se va a morir y que después será olvidado y a lo mejor eso hace que no le guste este libro, pero es verdad y usted no puede evitarlo.

En fin, es opción suya. No basta leerlo: ¡piénselo!

El autor

La navaja

Yo estaba joven y apreciaba, igual que hoy, las navajas. Aquella era una navaja simple y grande. No era como las llamadas "pico e' loro", que presentan una pronunciada convexidad en el filo por igual concavidad en el lomo; tampoco era como esas que tienen complicadas formas desiguales en filo y lomo con apariencia de pequeños alfanjes, ni de las que traen varias hojas, ni de las que incorporan lima, tijeras, atornilladores u otros implementos. No. Esta tenía la hoja larga y angosta con igualdad de curva en el filo y en el lomo, puntiaguda. No era envidiable ni codiciada porque era una baratija *made in USA*. Su cacha de latón fuerte estaba cubierta por algo que, imagino hoy, sería un plástico o un esmalte. Era de un color verde intenso que entusiasmaba mi vista cuando estaba fuera del bolsillo y que, en él, mis dedos estrujaban sobando, como si fuera un crucifijo o una medalla dignos de fe, cuando caminaba solitario por alguna callejuela en mis andanzas nocturnas.

II

El puerto, lo sé, era sórdido y hostil, pero lo amé en mi juventud y por eso guardo de él imágenes que son bellas para mí. Al final del muelle grande, donde atracaban los barcos de gran calado, había

un muellecito a donde llegaban constantemente botes y pequeñas lanchas que transportaban desde la isla a tierra firme a grupos de hombres cuyo trabajo y vida estaban ligados al mar. Eran marineros, caleteros, buzos, obreros de los diques, pinches, camareros, etc., que llegaban a tierra con las efímeras metas de, o embriagarse hasta perder la noción de la vida, o tratar de encontrar la noción de la vida acostándose quince minutos con una puta. Entre esas dos metas trazadas en aquellos cerebros, embebidos de ilusiones jóvenes alejadas de una esperanza de realidad, vibraba un pentagrama pecaminoso y vulgar del cual todos, sin excepción, tenían que danzar alguna parte algún día. Se iniciaba con las borracheras y abría caminos que llevaban a la chulería, al robo, a la violación, a la marihuana, a la riña y, a veces, al crimen. Era una extraña ruleta que designaba suerte de juventudes.

III

Era un poco más bajo y algo más musculoso que yo. Moreno claro. Pelo liso. Carilampiño. Buena dentadura. Debía ser marinero también y tendría mi edad. A la navaja de él, asida fuertemente, no se le veía la cacha. Sólo la hoja. También era sencilla. También era barata. Y, lo presentía, también tenía buen filo. A lo mejor la cacha era más bonita. O más fea. Ya eso no importaba. Importaban los ojos. Los pasos. La furia. Todo debe haber comenzado por nada. Todo fue rápido. En ambos. Ofensas. Madres. Abrirse. Era zurdo. Su hoja rasgó horizontalmente la tela de mi chaqueta, rasguñando mi hombro derecho. Con su impulso quedó presentando el costillar izquierdo. Ahí sembré mi hoja… Sirenas. Luces. Policía. Carrera. Callarse. Esperar que amaneciera…

IV

Recuerdo la última vez que vi, resplandeciente, la cacha verde. Ya no estoy joven. Pero aún me gustan las navajas…

1986

El principito y la flor

Yo creía que *El Principito* había nacido en la imaginación de Saint-Exupéry en una de sus aventuras sobrevolando los desiertos africanos. Eso creía. Hasta la noche aquella en la cual escribía unos versos muy tristes mientras tomaba algunos tragos y fumaba. En uno de esos intervalos estáticos de escritor, sentí su presencia.

—Tú siempre has pensado en la posibilidad de mi existencia, ¿por qué te asombras?

— No me asombro –dije.

—Mientes. Mientes porque eres niño. A todos los niños nos gusta mentir de vez en cuando. Son mentiritas blancas, inofensivas.

—Será…

Traía una flor hermosísima en su diestra. Era una flor de pétalos como de cristal que emitía fulgurantes destellos con todos los colores del arcoíris. A sus pies reposaban un pico y una pala pequeñísimos, ambos de oro, calzados en una madera extraña con el color de ébano y con el olor del sándalo.

—Será –dijo sonriendo– sólo lo que tiene que ser…

—¿Es esa la flor que tanto has cuidado en tu planeta?

—No. Esta es otra flor. La mía no es tan bella como esta.

—¿Y esa?

—Me la encomendaron en una misión especial y por eso he venido aquí.

—¿Y cuál es esa misión? ¿Quién te la encomendó?

—Preguntas mucho. Y eso me gusta porque es normal en los seres que conservan la honestidad y la curiosidad de los niños… Me envía el Rey Supremo del Universo y vengo a sembrártela en el pecho…

—¿Cómo?

—Así como lo oyes. Has sido elegido como el ser más propicio para esta siembra y no tienes alternativa. Si te niegas morirán tú y la flor y las posibilidades de que existan más flores como esta. No te preocupes por la apariencia de los implementos que traigo. No vas a sufrir…

Dicho esto me invitó a que me acostara viendo hacia el cielo y comenzó a cavar en mi pecho, sacando de vez en cuando paladas de una materia de un color negriverdusca.

—¿Qué es eso?

—Tú sí que preguntas. Parece que lo quisieras saber todo a la vez. Esto que estoy sacando son las amarguras, los odios y las tristezas que se te han endurecido en el corazón. No temas. Limpiaré bien.

Una vez terminada la larga y delicada faena, cortó numerosas puntas de su cabellera con unas tijeras hechas con el color de las estrellas; tomó la flor con ambas manos y la sembró amorosamente en lo más profundo de la cavidad hecha en el lado izquierdo de mi pecho y rellenó el resto con sus mechones de pelo.

—Ya está. ¿Verdad que no te dolió?

—No –dije.

—Ahora tienes que cuidarla mucho. No tienes necesidad de regarla. Sólo vive de Amor. Ámala mucho. Ámala siempre. Ah… y recuerda que si ella muere tú también morirás y si tú mueres, morirá la flor…

—¡Qué extraño! –comenté–. ¿Qué clase de flor es esta?

—A veces surgen estas misiones. Es la siembra de flores del alma. Se siembran en los corazones que sufren demasiado y la flor es un alma que se siente muy sola. Es una hermosa misión, pues es sembrar un alma dentro de otra o, mejor dicho, unir dos almas.

Además, debes saber su nombre: la flor que te sembré se llama Irene, que quiere decir, en griego, paz…

A medida que iba pronunciando estas últimas palabras, la imagen de *El Principito* fue perdiendo corporeidad, haciéndose transparente hasta desaparecer…

Sólo me quedó, como única prueba de este hecho increíble, la bella flor, el alma de Irene, sembrada en lo profundo del pecho.

1987

El secreto

Hay personas que inspiran confianza para revelar secretos. No sé si para bien o para mal, porque uno se involucra en placeres y goces ajenos, soy una de esas gentes. Dicen que secreto entre dos no es secreto. Pero convengamos en la necesidad humana de descargar, algún día, secretos guardados durante años. Un secreto se dice, a veces, a varios confidentes. Pero cada quien hace con los secretos lo que le da la gana y así, hoy, en clara muestra de lo que no se quiere que se sepa, no debe decirse, entrego estas infidencias al papel.

Hay secretos impresionantes: el loco Viana me relató, una vez que coincidimos como reclusos en una cárcel, cómo había sido enviado a las Colonias Móviles del Dorado a los 14 años de edad y cómo había sido violado innumerables veces por los reclusos mayores, bajo la anuencia de un oficial homosexual que acostumbraba hacer *déshabillé* en actos organizados para el personal de tropa de la población penal.

Una mujer casada, con quien mantuve escabrosas relaciones, me relató en una especie de "noches de Sherezade" un sinnúmero de pormenores de sus relaciones sexuales y amorosas que había tenido con su larga cadena de amantes a través de más de veinte años de matrimonio.

He recibido confidencias de menor importancia en cuanto a caducidad del delito por el tiempo transcurrido, como son las de hombres que han necesitado conversar de recuerdos sepultados en el pasado: hurtos, violaciones, estafas, atracos, drogas, etc. Y confidencias más serias como eran los relatos de Alejandro Gil, contando su larga experiencia en más de veinte homicidios.

Pero de una u otra forma eran secretos confiados a varias personas. No era yo el único confidente. Los sexuales tenían, además, la contraparte en la consumación del acto; y los otros siempre han sido ejecutados con la ayuda de algún cómplice.

Por eso me enterneció tanto cuando Carmencita me confió un secreto suyo que había guardado durante años. Un secreto suyo que no había compartido jamás con nadie y que, según ella, se atrevía a confiármelo por lo armonioso de nuestras relaciones. Después de sonrojarse varias veces y mostrarse indecisa, me confesó que con su "desarrollo", a los doce años, había llevado a cabo sus primeras masturbaciones con el chorrito del "bidé". Aún no sé si lo que más me asombró fue su inocencia o su ingenio. Pero me satisfizo enormemente su confianza en mí…

1987

El mundo de Enriquito

I

Enriquito era de esos niños cuya visión estaba acostumbrada a las serranías andinas, sus oídos adaptados al "usté", su olfato a la percepción del frío neblinoso, en fin, sus costumbres todas a la idiosincrasia de la cordillera. Respetuoso, metódico, previsivo… Como a todo niño de cualquier parte, le llamaban poderosamente la atención los pájaros, las flores, las metras, los papagayos… Ni qué decir de las piñatas, las guirnaldas, las tortas con velitas, los "coniáislan", los disfraces, los pesebres y arbolitos navideños con sus luces que prenden y apagan constantemente…

Más adelante, casi adulto, conoció las grandes urbes con sus fabulosos anuncios de neón, las grandes salas de cine, los teatros, los circos, los modernos modelos de motos y automóviles; vio en los gigantescos centros comerciales las vitrinas colmadas de trajes, de vajillas, de juguetes, de oros y platas y bisuterías…

II

Conocí a Enriquito hace unos diez o doce años. Ya era un hombre hecho y derecho. Reflexivo. Adversado o envidiado por muchos. Correcto… La palabra medida. Prudente. Elocuente. Sagaz.

Muchas veces he creído en mi capacidad para conocer a las personas. Creía que conocía a Enriquito, que lo analizaba sin temor a equivocarme… y así ha sido y es en sus actos y en los lazos de afecto que nos unen… Pero a través de esa amistad llegó a mí una confesión que me impresionó y que anula cuanto pensé de su infancia, de su juventud, de su vida toda: Enrique nunca vio mayores diferencias entre metras, pájaros o flores que las que imponen las figuras. Vio las formas. Sólo las formas. De las piñatas. De los disfraces. De los parques de atracciones. De los automóviles. Formas. Siluetas. De los maromeros. De las bagatelas. Formas. Porque el mundo de Enriquito es gris. Siempre ha sido gris. El mundo de él no tiene colores. Es daltónico…

1989

La muerte de Ezequiel

Lo encontraron con el sobaco izquierdo sobre una horqueta de la mata de uverita, a modo de muleta; las rodillas semidobladas como si estuviera haciendo una genuflexión al cruzar la nave de una iglesia; la mano derecha tratando de agarrar el pene que pendía afuera y alrededor de cuyo prepucio danzaban alocadamente los jejenes. La mirada estaba perdida en un estrábico vacío: un ojo apuntaba al cielo y el otro se sembraba en el suelo del corral como si observara a las hormigas y bachacos que pululaban por las alpargatas sucias y deshilachadas. En el amplio terreno que rodeaba la casita los vecinos se agolpaban curiosos o diligentes para ver la grotesca figura de Ezequiel, que quedó muerto parado y no sentado o acostado como los muertos corrientes.

Después de varias horas de conjeturas de los pobladores del lugar, en cuyo lapso se emitieron los más diversos juicios que oscilaron desde la reverencia hasta la burla, llegaron las autoridades y el forense. Los unos echaron polvitos para buscar huellas por todas partes, sobre todo en aquellos sitios donde pareciera que pudiera haber algo de valor como para echárselo al bolsillo sin que nadie los viera, pero no pasaron de encontrar un pocillo de peltre viejo, un bolígrafo de propaganda y una cajita de fósforos colombianos, amén

de un cuaderno caribe lleno de frases y garabatos que se llevaron para sus investigaciones. El médico, por su parte, se empeñó en tomarle el pulso al muerto como diez veces, no sea que resultara todo una patraña del vulgo. Por último, luego de andar todos y cada uno para arriba y para abajo como cucarachas en patio de gallinas, escribieron, cotejaron, aprobaron y, por fin, ordenaron todos en conjunto que era sumamente necesario efectuar la autopsia del difunto para cerrar el caso.

Costó despegarle el sobaco de la horqueta. Una vez logrado esto, el cuerpo de Ezequiel parecía más bien que estuviera en un orgasmo póstumo, producto de la combinación de la ridícula tiesura con su extraña bizquera.

Sin contemplaciones, como cualquier bojote de cualquier cosa, fue levantado entre dos –un policía negro cuadrado, que llevaba en la muñeca derecha una esclavota de oro con las iniciales "O. Y." y que tenía fama de matón, porque salió una vez en los periódicos como héroe del día por haber rematado a mansalva a un estudiante revolucionario que atracaba un banco, y un portuguesito que iba pasando, a quien dijeron los jefes de la comisión que si no ayudaba lo metían en ese peo–, y lanzado violentamente a la caja de una camioneta *pick up* que fungía de ambulancia. Así se lo llevaron.

Tan pronto se alejaron la ley y la ciencia, los vecinos se precipitaron como avispero rabioso a lo que hasta entonces había sido la hermética casita de Ezequiel. Cargaron con todo. La cama vieja con el jergón roto. El sucio colchón que siempre estuvo desguarnecido de sábanas. Las sillas desvencijadas. El taburetico de cuero. Una mesa más o menos buena que estaba marcada por sus cuatro lados por el reposo de los cigarrillos. Todo con desesperación, con furia. Apedrearon al perro y a dos gatos que siempre acompañaban al difunto. Y no continuaron la salvaje depredación porque se desató un torrencial aguacero que duró tres días y en cada uno de esos días cayó un rayo a las nueve y media de la mañana que fue la hora en que murió Ezequiel. Y el primero cayó en la iglesia y el segundo cayó en la oficina del gobierno y de la policía, el tercero cayó en un parquecito que llevaba el nombre de un carajo que había sido presidente y que afortunadamente ya había muerto porque si no hubiera seguido jodiendo, y en todo eso hizo que se calmaran los ánimos.

Y cosa curiosa. Nadie reparó en un cajón lleno de papeles, o lo vieron y no le concedieron importancia, que estaba al lado de la cama. Eso fue lo único que encontraron unos familiares de Ezequiel, que llegaron de Caracas en carros último modelo ante las miradas de los vecinos que atisbaban temerosos de ser descubiertos por el hurto de alguna de sus míseras pertenencias. Pero no. Los parientes recorrieron el solar conversando, echando chistes y haciendo comentarios acerca de cuánto podría valer ese terreno. Uno de ellos sacó una botella de güisqui y una cavita con hielo de la parte de atrás de una Samurái y comenzaron a echarse palos en vasitos plásticos de esos "yo cuido mi salud, yo tomo en desechables". Fueron recorriendo todo y a uno de ellos le llamó la atención el cajón. Ahí mismo se amontonaron. Eran como veinte. Comenzaron a jorungar y a pasarse los papeles de mano en mano, haciendo casi todos observaciones rayanas en la imbecilidad acompañadas de expresiones soeces. Salvo unas cuantas postales viejísimas y un rollito de cartas del año de la pera, amarrado con una cintica desteñida, los demás escritos eran de Ezequiel, incluyendo algunos dibujos. Que si Dios y materia es el mismo negro con diferente cachimbo. Que si uno se muere y no hay ni alma ni espíritu ni nada para qué preocuparse tanto por el bien. Que si los hombres y las mujeres son iguales por qué los hombres no paren ni las mujeres van a las guerras. Que si todos los seres humanos son hechos por Dios a su imagen y semejanza, por qué hay inteligentes y brutos y feos y bonitos. Que si delante de un bollo de pan las obras de Miguel Ángel y Da Vinci son una porquería para los hambrientos de Biafra o Etiopía. Que si por qué son grandes obras *La Ilíada* y la *Biblia* y el *Corán* y el *Popol Vuh* que no los entiende casi nadie, en vez de los pollitos dicen pío, pío, pío o la gallina jabada que les ha gustado a todos cuando eran muchachitos. Y los parientes ja, ja, ja. Y otra vez ja, ja, ja. Y tres o cuatro parientes hembras que andaban con el grupo ji, ji ji. Y anda y saca otra botella de la camioneta, toma la llave. Ja, ja. Y mira qué bolas este dibujo y que pájaros en vez de insecticidas. Y mira estos mamarrachos y que para no usar gasolina. Ja, ja, ja, ja. Y ya se nos está acabando la caña y se nos va a hacer tarde y es mejor que nos vayamos yendo.

Y el de la gorrita de cuadros que qué hacemos con esta vaina. Y otro que si de repente puede valer unos reales, tú sabes que ese viejo era tostao pero sabía muchas cosas. Y el del *short* de florecitas que

qué va a valer nada si es pura loquera. Hasta que al fin el del Sierra, que parecía tener más reales y por lo tanto mayor autoridad, yo creo que lo mejor es no enrollarnos y pegarle candela a este basurero.

Con cajón y todo quemaron el papelero. Se quedaron viendo cómo ardía hasta que el viento comenzó a levantar y llevarse los pedacitos negros de papel quemado.

Creo que es lo mejor que podemos haber hecho, dijo uno que era oficial del ejército pero que andaba vestido de civil. Esas ideas son peligrosas porque se contagian y crean desequilibrios sociales, sobre todo en la juventud. Y hasta enferman el organismo. Después de todo ustedes saben que a Ezequiel, en la autopsia le encontraron comején en la cabeza…

1990

La espera

Agustín pasó todos los días de su vida esperando. Frecuentemente meditaba y hacía balance acerca de cuál sería el momento más importante de su existencia. Ayer le llegó. Hoy lo enterramos.

1991

La infinita y espantosa angustia de Melitón Sánchez

Melitón Sánchez era un hombre cualquiera. Cualquiera porque cualquier hombre es un hombre cualquiera. Vivía en la luna, con la luna y de la luna. Sabía las fases, las conocía perfectamente porque de acuerdo a ellas variaban sus angustias. No porque fueran mayores o menores, sino simplemente porque eran distintas sin que por ello perdieran intensidad ni se aliviara el terrible miedo de encontrarse con el final de la vida.

Sin embargo, Melitón nunca pensaba en qué habría después de la muerte. Le importaba un pito si había infierno o cielo, si encarnaba en hombre o en cucaracha o si iba a ser estiércol para abonar una flor. Sólo le aterraba el momento preciso en el cual se pela el gajo.

Odiaba la luna. Sabía que con cada fase variaba su tormento. Su tortura interminable dictada por el satélite terrestre y rubricada por sus sueños.

Desde muy niño, él tenía conciencia plena y memoria absoluta de todos los sueños que había tenido en su vida. Cada sueño era una variación del momento de la muerte y en cada uno de ellos el personaje central era él.

No sabía, claro está, cómo iba a morir cada noche, pero se había hecho una clasificación que, salvo una que otra excepción, se aproximaba bastante.

Sabía, por ejemplo, que cuando comenzaba el cuarto creciente sus muertes nocturnas serían por tumores descomunales, por una lepra devoradora, por cánceres, por males largos y dolorosos en los cuales estarían siempre presentes el llanto de los familiares y la morfina.

Una vez que la luna estaba llena, sería ahorcado, guillotinado, descuartizado por cuatro caballos, se caería el avión en el cual viajaba, se fragmentaría tras una violenta explosión, sería devorado por tiburones, fusilado, etc…

El menguante traía muertes tan lentas como ciertas. Moría de hambre en una selva, se helaba en una cumbre nevada, se hundía en una ciénaga, era alcanzado por la lava hirviente de un volcán en erupción o por las llamas en el *penthouse* de un rascacielos incendiado.

Luego venía lo indescifrable. La luna nueva. El paso de luna. La misma angustia. Ni mejor ni peor porque la angustia es sólo eso: angustia. Pero el sueño siempre era oscuro. Negror. Vacío. Nada. Nunca pudo explicárselo.

Melitón Sánchez murió hace ya muchos años. Yo no lo conocí. Todo ese cuento me lo echó un viejo muy chocho que, además, me dijo que cuando hicieron el cementerio nuevo y comenzaron a sacar los muertos del antiguo para mudarlos, encontraron que el esqueleto de Melitón estaba todo torcido y boca abajo, que había profundas zanjas rasguñadas en los restos de madera. Fueron las premoniciones ocultas en el paso de luna.

1992

Pusilio

Todo pasó el día de los Güentirongos. Estaban parados a la puerta de su casa Anapé y Lupeno cuando Pusilio iba por la calle real, encajonado y con las patas pa'lante, bamboleándose al compás de los seis borrachitos que definían el azimut de su viaje. Doña Sanda enjugó una lágrima con el lomo de la muñeca izquierda cuando atisbó por el postigo de la salita escuálida de muebles. Más adelante, por la larga calle, un carajito de meses berreaba al chupar en vano una teta exangüe. La ausencia del cura la testimoniaba la misma diarrea que se llevó a Pusilio y la rubricaba la hedentina que invadía la casa cural y llegaba a la sacristía. Al lado de la fosa dejaron el cajón. La peste había llegado también al sepulturero. Pero no bastó la epidemia. Tres días tenía Pusilio ahí, esperando, como quien dice, cuando se desencadenaron al mismo tiempo la gran lluvia y la pequeña guerra. Ni escampaba el agua ni escampaba el plomo. Por un lado se ahogaban los muchachitos, los viejos y las preñadas, y por el otro los politiquitos y los militarcitos se sacaban las tripas.

Cuando aclaró el cielo y se acabó la pólvora el mismo día, ya nadie se acordaba de Pusilio porque habían pasado siete años y entre tanto muerto nuevo quién se iba a acordar de un muerto viejo.

Hoy hubiera sido otra vez el día de los Güentirongos, pero después de tanta desgracia más nadie se acordó de eso ni lo volvió a celebrar.

Yo me acordé porque hoy vi a Pusilio. Lo reconocí por los colmillos de oro llenos de tierra. Dos carajitos iban por un callejón jugando fútbol con su calavera.

1992¨

Rutilio

Los males y los sufrimientos que pueden padecer los seres humanos son tan variados como seres hay. Sin embargo, es justo reconocer que unos son más llevaderos que otros, pero al mismo tiempo no debemos erigirnos en jueces de asunto tan delicado, magnificando o minimizando los males ajenos. Cada quien es juez absoluto de su dolor.

Cuando escribo estas reflexiones estoy pensando en Rutilio y en su extraño quebranto. Estaba cercano él a los 40 cuando se le empezaron a abrir las cicatrices. Es increíble la cantidad de cicatrices que puede tener una persona que haya andado normalmente por la vida, quiero decir, que no haya vivido enclaustrado por temores, con exceso de cuidados.

De tanto abrírsele el cuero, fue tomando un aspecto algo repulsivo, lo cual hizo que se aislara en la casucha que tiene en el cerro, apartado del pueblo.

Fui a verlo. Era un Rutilio anciano que recibía a sus pocos visitantes envuelto casi totalmente con una sábana.

Conversamos largamente acerca de muchos temas y por último me atreví a tocarle el punto de sus heridas reabiertas.

Eran innumerables. Pedradas, cortadas, raspones, operaciones. Pequeñas y grandes. Decenas. Rojas. Abiertas.

—Te voy a enseñar –me dijo– la más vieja de mis cicatrices. Sólo la enseño a quienes me han visto las otras sin sentir asco. Es la misma primera cicatriz que tiene todo ser humano.

Dicho esto, dejó caer totalmente la sábana.

—Asómate –ordenó, señalando el abdomen con el pulgar derecho.

Acerqué mi cara a su cuerpo y coloqué mi ojo derecho en su ombligo.

Fue una sensación indescriptible. Era el todo y era la nada. Vi a través de Rutilio toda la historia de todos los hombres y al dios de cada dios y cómo la suma de todos los dioses daba cero. Vi microbios y planetas lejanos y desconocidos. Vi el universo entero. Los instantes y los siglos se hicieron uno solo…

Guardé un largo silencio. Luego me despedí del viejo y no lo vi más nunca.

A partir de ese día vivo la sensación de tener toda la memoria de la vida en el ombligo.

1992

La elección de Clarita

—¿Que que qué?

—Nada, hija. No te alarmes. Lo que pasa es que tu madre y yo hemos considerado que ya tienes una buena edad para casarte y como no hemos visto ninguna intención de tu parte, hemos decidido hacer una fiestecita el sábado y hemos invitado a algunos caballeros que, pensamos, pueden ser buenos partidos para ti.

—Pero si yo no tengo ganas de casarme todavía…

—Sí, Clarita. Pero las cosas no pueden ser así. Debes tener un marido que te represente. Debes tener hijos, tener responsabilidades…

—¡Cónchale! Yo como que les estorbo y lo que quieren es salir de mí, salir del paso…

—No, no. Espera el sábado y verás…

Y llegó el sábado. Estaban el papá y la mamá y la hija emperifollados. También iban a fungir de jueces dos tías solteronas y un compadre, amén de las amigas de la subastada.

Poco a poco fueron llegando los candidatos. Uno a uno. Con regalitos. Con flores. Uno trajo un perrito pequinés de obsequio. Otro una colección de discos de Gardel. El más estrafalario traía un rosario hecho con pepas de zamuro que había sido de su abuela.

La muchacha recién había cumplido los 19 y los "futuros" oscilaban entre los 35 y los 60. Eran 12. Por eso la música era caribe de los años cuarenta, tango y de vez en cuando "Tú, sólo tú" y "Adelita". Clarita estaba chinga por oír una salsita o un merengue, pero qué va… Las conversaciones eran peores. Datos del 5 y 6 y técnicas especiales relacionadas con los sueños para saber cuál era el Kino que iba a ganar. Que si el Chevrolet del 55 era mejor que el Oldsmobile del 58. Que antes las cajas de Lucky Strike y de Camel costaban un bolívar. Que si el 23 de Enero antes se llamaba urbanización 2 de Diciembre. Que si ¿te acuerdas?, antes las jóvenes usaban "armadores" y se veían hermosísimas y uno que no decía ni pío pero rajaba la caña parejo. Y otro que era evangélico cada vez que hablaba terminaba diciendo Juan yonosequé o Lucas yonosequé o Marcos yonosequé. Y el que llevó el perrito buscando con qué limpiar el sofá porque el animalito había hecho una de sus peores gracias, y el del rosario hablando de su árbol genealógico, hasta que Clarita no aguantó más y se paró en medio de la sala gritando y llorando…

—Me voy de aquí. No me calo esta vaina. Los detesto. ¿Cómo van a querer que me case con alguno de esos mequetrefes? Ustedes son peores que el Consejo Supremo Electoral, que quiere que uno vote a juro aunque no le gusten los candidatos. ¡No juegue!…

1992

El gallo pelón

¿Ustedes quieren que les cuente el cuento del gallo pelón? Esa frase infantil desvaída por el tiempo y carcomida por la ruptura con las tradiciones y los valores de la nacionalidad es uno de los cuentos más serios que pueden echarse hoy por hoy. Esa frase, que respondía al sí o al no diciendo: "No es que sí (o que no) es que si quieres que te cuente el cuento del gallo pelón", tiene hoy más vigencia que nunca.

Si antes era como una burla al niño ejercida por sus mayores, hoy es una burla al pueblo ejercida por los partidos y por los gobernantes. A muchos les parecerá vainas de loco esta comparación, pero tendrán que esperar la campaña electoral de los múltiples partidos y luego esperar lo que ofrece y no cumple el otro gobernante, para retornar a la infancia oyendo el desesperante y odioso cuento del Gallo Pelón.

1993

Barbarie…

Cuando fue a montarse en su carro vio, con el alma por el suelo, que tenía destrozado el parabrisas. Contempló un rato su vehículo con una mezcla dolorosa de impotencia y rabia, mientras analizaba aquel acto de salvajismo y juzgaba el estado de barbarie al cual habíamos llegado. La gente transitaba normalmente y no se vislumbraba la presencia de algún agente del orden. "¿De cuál orden?, –pensó–, si esto es un caos en donde todo el mundo hace lo que le da la gana". Al fin, con triste parsimonia, sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta del auto. Comenzó a sacudir y a botar los pedacitos de vidrio y fue entonces cuando se dio cuenta de un ladrillo enterito que estaba en el asiento trasero. Tenía algo amarrado. Era un sobre. Lo abrió con curiosidad. Contenía un cheque y una nota que decía: "Con el cheque sin fondos que me diste ayer y te devuelvo hoy, puedes pagar el parabrisas, coñoetumadre…".

1993

Pedro, Pablo y María

Alguien dijo una vez: "Todas las casas saben a pan y a vino". A lo mejor eso no es verdad, porque puede haber casas que tengan sabores más dulces o más amargos o simplemente que ni sabor tengan. Lo que sí parece ser cierto es que las casas son como una especie de espejo y que reflejan el espíritu de quienes las habitan.

Así era la casa de este cuento. Bonita, sencilla, arregladita y, sobre todo, multiespiritual. Gentes que entraban y salían. Muchas visitas, pero sólo quienes viven años en una casa le imprimen el sello de su ser. Podrían establecerse diferentes combinaciones de espíritu: Pedro, Pablo, María; Pedro, Pablo, María; Pedro, Pablo, María; Pedropablomaría y quién sabe cuántas más.

Pedro era violento, resistente, autoritario. Creyente de la familia como valor social. Gustaba de hacer ejercicios físicos y de aprender todas esas cosas naturales que conservan la salud corporal. Era ocioso haciendo el amor. Leía, sólo de vez en cuando, cosas que le pudieran ser de utilidad inmediata. Manejaba con soltura las frases de doble sentido. Era asiduo defensor de los valores nacionales.

Pablo era más débil de cuerpo. Achacoso. Pero no creía ni en la patria ni en la sociedad ni en la familia. Fumaba y bebía que jode. Era fanático del arte y disfrutaba leyendo libros filosóficos y

escribiendo pendejadas. Sólo era apto para amar cuando lo poseía la pasión desmedida. Renegaba con frecuencia de todo cuanto le rodeaba.

María era paciente. O aparentemente paciente. Era sí, sumamente hábil para manejarse entre caracteres diferentes y opuestos. Indecisa para algunas definiciones, pero arrojada hasta la intrepidez cuando el amor la poseía. Ese era su dilema. Ella amaba a Pedro. Ella amaba a Pablo.

A veces se indignaba por las respuestas de Pedro. Otras veces le ladillaba la bebedera de Pablo. Pero se manejaba bien entre esas dos aguas. Siempre encontraba en uno lo que le faltaba al otro.

La relación de María jamás llamó la atención al vecindario ni suscitó rumores entre sus amistades. Era una relación normal. El secreto solamente lo conocía ella, que se había acostumbrado hábilmente a la doble personalidad de Pedro Pablo.

1993

Asdrúbal

Luego de cepillarse los dientes o, mejor dicho, la gran prótesis dental que tenía colocada en unos pocos muñones que milagrosamente habían sobrevivido a lo largo de sesenta años de descuido bucal, procedió a revisar en el espejo su irritada garganta. Primero se encontró con una lengua blanquecina y cuarteada que ante su vista se antojó como algo seco, desértico, duro. Hundió las pupilas a través de la escasa luz del cuarto de baño, tratando de explorar visualmente los alrededores de su úvula. Sólo había oscuridad. Fue entonces cuando lo estremeció una sensación rara. Su mirada rebotó como una pelota en el espejo y todo su ser se fue con ella hacia ese túnel representado por su propia garganta.

Se sintió enano, ínfimo, invisible. Se sintió cósmico y eterno. Sintió que no se sentía.

Sabía que estando no estaba y que su ausencia estaba presente. Y en esa total oscuridad vio la luz.

Su memoria empezó a brotar sin necesidad de evocarla y todos sus recuerdos eran olvidos.

Se rio de sus dolores y lloró por sus risas.

Desde ese mínimo rincón de su carne veía el mundo y todo lo que estuvo y estará en él por los siglos de los siglos. Vio a todas las

gentes que había conocido en todas las épocas y todos los actos de ellos y los propios. Pasó vertiginosamente por sucesivas sensaciones de vergüenza y orgullo. De heroísmo y cobardía. De fidelidad y traición. Era una mezcla de sosiego y de angustia no descriptible. Poco a poco –si es que cabe esta expresión, ya que en esa condición no existe el tiempo– se sintió invadido por algo de descanso, de paz.

A Asdrúbal lo encontraron encima del lavamanos en pedazos que se había despegado de la pared con el peso de su cuerpo. El espejo lo había roto con el golpe de su frente, a juzgar por las cortaduras, y en su mano derecha apretaba fuertemente el cepillo de dientes. No supe qué informe dio el forense.

Todo esto es verídico. Me lo contó el propio Asdrúbal, a quien tenía casi cuarenta años sin ver, en un sueño que tuve hace dos días.

1994

El ahorcado

Entré al cuarto del ahorcado. Aunque lo había visto pocas veces, me pareció más feo que nunca. Sabía que era él porque me lo habían dicho los vecinos. Estaba irreconocible con sus ojos desorbitados y esa lengua morada fuera de la boca. Había un montón de curiosos y yo entre ellos. Se había guindado con mecate de esos de nailon que no revientan ni que los jale una vaca y había escogido como trampolín al otro mundo una mesita de *pantry*. Lo que más me desagradó no fue su desgracia personal ni la nota que había dejado ni una sobrina, mediobuenona ella, que lo estaba llorando, sino el bluyín todo cagado y la mierda que chorreaba por lo mocasines hasta el suelo. Desde ese día descarté –por cochina y poco decente– esa forma de suicidio.

1994

Froilán

Froilán estaba jodido. Después que lo reclutaron. Después que los policías le dieron unos coñazos porque les estriló diciendo que era hijo único. Después que le pelaron el coco. Después que un cabo segundo se empeñó en ponerlo a trotar cada vez que lo veía.

En fin, así es el servicio militar –pensaba. Reforzaba sus pensamientos de resignación con la frase que le había oído a un suboficial: "Aquí el que se porta mal lleva verga y el que se porta bien, verga lleva".

En los raticos libres pasaba como una película cuentos del servicio que había oído en su vida. Su papá le decía que la milicia formaba a los hombres, aunque él mismo no hubiese pisado nunca un cuartel; un tío que pagó tres años en la Modelo por reventarle la boca a un distinguido; un viejo que vivía cerca de su casa que echaba cuentos de las planazones y otros castigos.

Pero al fin y al cabo se consolaba siempre pensando que llevaba quince meses de servicio y le faltaba menos que cuando empezó. Total, ¿qué son nueve meses? Pasan volando si uno se hace el loco…

Eso pensaba. Pero desde que llegó al cuartel el capitán Aniceto Presunción fue cuando comenzó a saber lo que era bueno. El tipo

se antojó con él. Láveme el carro. Límpieme los zapatos. Pódeme la grama del jardín de mi casa. Juegue pelota con los carajitos. Sírvame un güisqui con hielo. Coñoesumadre. Y el día que le reviró le quitó las salidas. Y después le cogió arrechera. Y trote. Y castigo. Y cosa esos botones en un papel tualé mojado. Y calabozo. Y le voy a retardar la baja. Coñoesumadre. Y sólo le faltaban ya tres meses.

Pero era una cuestión de dignidad. De honor. Cuestión de hombres.

Era una operación militar cualquiera.

No importaba dónde. Guerrilla. Narcotráfico. Fronteras. Manifestaciones populares. Eso no importaba. Era una operación militar cualquiera y allí estaban el capitán Aniceto Presunción con todas sus arrogancias y él con todas sus humillaciones.

Fue como un momento perfecto acordado por el destino. Había plomo parejo de parte y parte. Todos acostados pecho al suelo y rampando con cautela.

Cuando el capitán se medio levantó para meterle una cacerina a la nueve milímetros le vio el cachete derecho clarito, con su rostro antipático y sus labios altaneros y no pudo evitar vaciarle la ráfaga de FAL en la cabeza.

Todo esto lo pensaba Froilán mientras rendía honores en los funerales del capitán Aniceto Presunción, muerto gloriosamente en el cumplimiento de su deber.

1995¨

El guerrero

a Perzen

El guerrero tiene el grave defecto de recordar. No puede preocuparse por las mismas nimiedades de la mayoría de las gentes que habitan países en ciclos de paz, porque el guerrero tiene una memoria distinta, grabada en forma tal que no se olvida nunca. Esto no es un descubrimiento ni un hallazgo de las ciencias; esto es tan viejo como el hombre. Era en los guerreros griegos, romanos o chinos. En los mayas, aztecas o incas. En los conquistadores ingleses o españoles. En los piratas holandeses o franceses. En próceres de todas las independencias. Y también, ¿por qué no?, en todos los asaltantes y bandidos que, salvando las diferencias, tienen algo o mucho de guerreros.

El guerrero de este cuento sufría enormemente por culpa de su magnífica memoria que guardaba todo como si fuera una moderna y sofisticada computadora.

Sin necesidad de oprimir ningún botón ni de presionar ninguna tecla, bastábale reclinarse y entrecerrar los ojos para soñar, porque las realidades pasadas dejan de ser verdad y pasan a convertirse en algo muy parecido a lo soñado, pero con la diferencia de que transmiten placeres o dolores lejanos a la fuente de la memoria.

Este guerrero tenía, además, la facultad de poetizar los recuerdos, envolverlos en fantasías, sublimarlos…

Podía relatar el cuento imaginando al joven que voló en un pájaro de hierro enorme que defecaba cagajones venenosos, o el del mago que abría fuentes rojas y maravillosas en los abdómenes con su varita mágica de acero, o el del alquimista que con sus pepitas metálicas brillantes derribaba muñequitos lejanos o los hacía desaparecer con un gran trueno.

Compartía la futura emoción de los arqueólogos que quizá conseguirían un esqueleto con restos de armadura o de uniforme o de insignias al lado del arma antigua y mohosa. Vibraba al pensar en la semilla mestiza que vuela en el tiempo sin horas y en el espacio sin fronteras de la violación ocasional y eterna. Se dejaba arrastrar vertiginosamente por ese remolino de distancias y conciencias, de símbolos y banderas, de besos y empujones, donde se funden los dioses, las patrias y las familias hasta convertirse en un eco negro y doloroso que curte y lacera lo más profundo del ser.

Era un guerrero triste y maldiciente.

Un anciano recordador de su pasado y arrepentido de estar vivo y no haber muerto en combate…

1995

El duende del espejo

Ha habido gentes que han visto a Dios. Otros han visto al diablo. Hay muchos cuentos a través de la historia, así como ha habido centenares de dioses y de diablos. Unos ven fantasmas. Otros, hadas. Hay variadas manifestaciones: olores, sonidos, luces y qué sé yo cuántas más. Yo sólo puedo dar crédito a los duendes. Los he visto, oído, sentido desde que era niño. Hay mucha gente que no cree en ellos. Dudan. Y se equivocan. Lo que pasa es que los duendes –en otros lugares los llaman gnomos– varían en formas y en tamaño y por eso las informaciones son contradictorias. Les voy a decir lo que sé.

Nunca he visto uno que sobrepase los 70 u 80 centímetros, pero también los hay de menos de una cuarta. La mayoría tiene un promedio de 30 o 40 cm de altura. Aunque algunos libros de gnomos los reflejan gorditos y robustos, yo nunca he visto alguno así. Todos han sido, si no flacos, fibrosos, esbeltos y siempre muy ágiles. En algunos casos sí son –más que flacos– esqueléticos, pero sin perder su gran movilidad. Sólo cuando conversan dan uno u otro paso, de resto se puede decir que se mueven a saltos rápidos, largos y suaves, como si volaran sin llegar a eso, pues no se mantienen en el aire. Llegan de pronto. O mejor dicho, no llegan porque siempre están, sólo que toman corporeidad. Esta corporeidad no depende de ellos,

sino de la situación anímica del vidente que es quien por una situación especial de espacio-tiempo se ubica, involuntariamente la mayoría de los casos, en el Portal de las Dimensiones.

Es cierto que casi todos los duendes varones tienen barbas casi siempre largas, pero el primer duende que vi era muy joven –imberbe– y andaba en pareja con una duendecita bellísima. Ambos vestían trajes de la época medieval y él llevaba una espadita. Los vi tres o cuatro veces hace más de cincuenta años.

Así como unos ven muertos y otros ven ángeles, yo sólo he visto duendes.

Y les digo que no todos son blancos. Hay duendes indios, negros, amarillos y mestizos. En cuanto a las hembras sólo he visto la que mencioné, dicen que es porque sólo las ven algunas mujeres a quienes se presentan como hadas o ninfas.

No siempre se ve a los mismos porque ellos tienen áreas determinadas donde permanecen por siglos y hasta por milenios. Hay duendes del bosque, del mar, de las grandes ciudades, de aldeas, de desiertos, en fin, de cada paraje. Así como los hay del amor, del odio, de la guerra, de la paz, del arte, del delito y de todos los campos imaginables.

Pero lo que me ha movido a toda esta explicación es la revelación que me ha hecho uno que he estado viendo desde hace unos 9 años. Claro está que en este tiempo lo habré visto unas 7 veces porque tampoco es de creer que uno los vea todos los días. A este lo he bautizado como el "duende del espejo" ya que siempre lo he contactado cuando por algún motivo me he estado viendo en el espejo, pensando en qué forma he envejecido, o sea, observándome las canas, las arrugas, el semblante. Se ha salido del vidrio para preguntarme por qué observo tanto esos detalles y me ha dado a entender siempre –a través de parábolas (eso creo)– que el tiempo es, también, una ilusión.

La última vez que lo vi –hace pocos días– me dijo: "Te voy a aclarar el enigma del tiempo y de la muerte. Aunque no te va a servir para nada. Óyeme bien. Algún día querrás verte en un espejo, sea de agua, metálico o de cristal, y no verás tu imagen. Eso lo único que significa es que te irás en los próximos días. Hay una ley que muy pocos conocen y es que quien va a morir no se refleja en el espejo los cinco días anteriores. Y te voy a decir más: después

no pasa nada. Sólo que no tienes cuerpo y no te podrás ver más en los espejos…".

De resto, todo es igual.

En tu espíritu, por supuesto, todo seguirá siendo igual.

1997

Cuento de Navidad

Había una vez una señora que tenía las manos de arcoiris y tenía un hijito y una hijita. El papá de estos niñitos que era un hombre joven y fuerte y que además había estudiado mucho, no vivía con ellos porque, como sabemos, todo lo que algún día comienza algún día tiene que terminar y el señor papá había tenido que irse por un camino distinto que le había dado el destino.

Un día la señora de las manos de los colores del arcoíris conoció a un señor que era muy viejo, viejísimo. Este señor tan viejo le contó a la señora que a él la vida le había cambiado los caminos varias veces. Le dijo que cuando él estaba joven había tenido una hija y un hijo con una señora que tenía el corazón de cristal. Después se le cambió el camino y tuvo un varón y una hembra con otra señora; esta vez era una señora que tenía la garganta llena de música, y más adelante, cuando tenía ya como cincuenta años, tuvo que andar por otro camino y esta vez lo acompañó una señora jovencita que todo lo sabía y lo que no sabía lo adivinaba. Con esta señora tuvo una niñita.

El señor viejísimo contaba todo esto muy triste porque él decía que si no se hubiera salido del camino de la señora que tenía el corazón de cristal no hubiera podido tener los dos hijos que tuvo con

la señora de la garganta de música, y que si no hubiera salido del camino de ésta, no tuviera la niñita de la joven que lo sabía todo. La tristeza le aumentaba cuando contaba que se le había muerto el primer hijo varón y que a la señora más vieja ahora le quedaba medio corazón de cristal porque se le había quebrado la otra mitad.

Todos estos cuentos el viejito de las barbas de tristeza los echaba con voz entrecortada, casi llorando. Y la señora de las manos con los colores del arcoiris, que además tenía los ojos tan claros que se le podía ver el alma de lo buena que era, terminó enamorándose de aquel hombre que ya había vivido casi toda su vida y sólo buscaba corazones para depositar el amor que le quedaba.

Pero he ahí que las cosas en la vida no son tan fáciles y a veces hay gentes que confunden la buena intención con la maldad. Los hijitos de la señora de los colores no sabían todavía leer los ojos claros por donde se veía el alma buena de su mamá y creyeron que el viejito de las barbas de tristeza era un ladrón maluco que venía a robársela, y no entendieron que la señora y el viejito necesitaban acompañarse porque los dos se sentían solos y sin amor de pareja a pesar de haberlas tenido en unos tiempos que fueron distintos a los de hoy, y que necesitaban hablar cosas que ellos entendían y que las otras parejas que habían tenido no las podrían entender porque precisamente los tiempos habían cambiado. Y como había que esperar que los niñitos entendieran estas cosas, ya que antes no se las habían explicado, la señora de las manos de colores que tenía los ojos por donde se podía ver el alma, tuvo que quedarse sin ver al viejito de las barbas de tristeza en la noche de Navidad.

1997

Collage

La cucaracha estaba ahogándose en el vaso de ron. Francisco preparaba uno de sus *collages* habituales en los cuales reproducía fragmentos de pinturas famosas recortando con un "exacto" –esas cuchillitas mínimas y afiladas– pedacitos de papel de variados colores que escogía de revistas viejas e iba pegando pacientemente. En uno de sus descansos para contemplar su obra tomó el vaso con su mano izquierda para echarse un palo de ron. La cucaracha ebria y desesperada se aferró a sus barbas de salvación. La grima, el asco, hizo que Francisco manoteara violentamente al bicho. No había soltado el "exacto" y se lo pasó por la yugular. Por eso quedó así, manchado, su último *collage*.

1997

Cuento tonto

Había una vez un hombre que tenía fama por ser muy bravo y tener muy mal carácter. Este señor tenía bigotes, el pelo lisito peinado hacia atrás y era de piel trigueña, barrigón y de mediana estura.

Tuvo muchos hijos con una señora chiquitica que tenía los ojos de hielo y que además tenía el poder de hacerse invisible cuando quería.

El señor peleón era quien mandaba en todo –menos en la particularidad de hacerse invisible que tenía la señora– y también gritaba y desafiaba a quien lo molestara.

Era, como dije antes, una persona que por su mal genio infundía no sé si temor o respeto.

Pero el caso es –y esto es lo más tonto de este cuento– que hoy revivo en el archivo de mi memoria que aquel señor de apariencia amenazadora tuvo una vez un sueño sumamente delicado y que aún hoy, teniendo la certeza de que así fue, me causa extrañeza, pues el sueño de él fue tener una gran fábrica de perfumes.

Hoy reflexiono que quizá la señora se hacía invisible cada vez que él dejaba de pensar en los perfumes. ¿O sería que él dejaba de pensar en los perfumes cada vez que la señora se hacía invisible? Quién sabe…

1998

Basilius

En el año moebiano de 1716, Basilius Ortopredisquius salió de su aldea en busca de una guía o fórmula para la comprensión de la vida y de un método para hacer que la vía de los entendimientos se hiciera más corta, de forma que en el lapso de una existencia –que en ese entonces se promediaba en 96 años– pudiérase acumular mayor cantidad de conocimientos. Vagó de erudito en erudito, de sabio en sabio, de genio en genio, por países y naciones desconocidas para él; su planta holló ciudades, pueblos y aldeas como pocos peregrinos tal vez lo hayan hecho. También hurgó la memoria de estúpidos, idiotas, cretinos. Interrogó a niños, a jóvenes, a hombres y mujeres en su plenitud, a ancianos decrépitos.

Con un gran legajo de papeles atiborrados de apuntes, notas y observaciones regresó a Eugnostia –la aldea de la cual había partido hacía 6 lustros– a ordenar y sacar conclusiones de todo ese gran caudal de experiencias que había recogido.

Luego de varios años de profundos estudios, de analizar en extremo, de hacer prácticamente una disección de cada opinión, de cada juicio, sintió que había llegado al *súmmun* de sus investigaciones.

Convocó a los pocos que conocían de su trabajo –había transcurrido mucho tiempo– de los cuales sólo asistieron unos cuantos y con una parsimonia excepcional inició una especie de ceremonia. Exigió silencio y en silencio fue abrazando efusivamente a cada uno (dicen las anécdotas que no llegaban a la decena) para luego ir ordenando los papeles en una circunferencia de un metro exacto alrededor de un pequeño banco. Papeles y papeles. Conclusiones de casi 35 años deambulando por el mundo. Dicen que su mirada serena y triste coronada por su cabellera blanca resultaba impresionante. Semejaba una especie de sacerdote de otros tiempos cumpliendo con un rito mágico y sagrado. Como quien bendice, de una hermosa jarra de porcelana floreada fue vertiendo un líquido extraño y viscoso sobre las torres de papeles. Se sentó en el banquito y, con una sonrisa plena de felicidad por el éxito logrado, encendió un cigarrillo y con el mismo fuego encendió la pira de papeles inútiles y en silencio se incineró en unión de su tiempo perdido ante la mirada atónita de los ancianos bobos que aún esperaban, con miedo a la muerte, un único conocimiento de la vida.

1999

El descuido

Cupertino había adquirido una pequeña granja por los lados de Yaritagua y estaba incorporado de lleno a las actividades rurales. Con mucho entusiasmo. Y como en todo, surgen inconvenientes. Estaba probando con la cría de pollos y de gallinas ponedoras. No sabía si era un perro cimarrón, un zorro o un *rabipelao* el que se las estaba matando, pero decidió montar guardia en la noche con su escopeta y acabar con el intruso.

Era una noche de luna llena, fácil para avistar cualquier cosa que se moviera. Serían eso de las dos de la mañana y usted sabe que uno solo en la noche se pone a pensar cosas.

Recordaba y le paseaba la mente y le venían las memorias de cuando jugaba garrote y la fiebre de andar siempre con un palo en la mano. Ir al excusado con el palo. Echar la siesta con un palo al lado. Sentarse a descansar o a conversar con la mano sobre el bastón y sobre la mano la frente o la quijada…

No aparecía ningún animal. De pronto, quién sabe por qué casualidad, motivo o azar, retumbó una detonación con su eco que ocupaba todos los rincones del silencio.

No es bueno, cuando se vela a un animal para cazarlo, dejarse llevar por los sueños y confundir el cañón de una escopeta con un palo.

Es un descuido grave…

2002

El destierro

Como yo he hablado de la luna y escribía de la luna y sabía cuándo era creciente o menguante o llena o nueva, decían que yo vivía en la luna o que me la pasaba en la luna, y eso no les convenía a los amos de los dineros, porque ¿qué iba a pasar si eso se generalizaba y toda la gente la cogía por "pasársela en la luna"? Eso no debía ser. Los jefes del Imperio de los Dineros decidieron acusarme y enjuiciarme y condenarme. La decisión fue unánime y la sentencia el destierro. ¡Fuera del planeta! ¡A la luna! Me amarraron, me montaron en un cohete y me mandaron preso para allá. Me entregaron a las autoridades de la luna. Allá siempre es de noche y no hay luz eléctrica. Me recibió el rey de la luna que es blanco como el hielo y tiene, caso contrario, luz propia como la de los bombillos fluorescentes, de neón.

–¿Por qué te mandaron para acá? –me preguntó luego de que se marcharan quienes me habían llevado.

Le expliqué todo el rollo de mis palabras y de mis poesías y lo de las leyes del Imperio. Me oyó en silencio…

Al rato me dijo: "Aquí no hay calabozos ni cárceles. No sé si el rey de tu Imperio va a seguir molestándonos mandando gente a buscar piedras y a contaminar con las basuras que dejan aquí. No

sé. Lo que te puedo decir es que como aquí siempre es de noche la pasamos soñando. Siempre soñando. Vivimos del sueño".

Yo pasé allá no sé cuánto tiempo. Lo cierto es que aunque yo era (yo soy) un soñador, no estaba acostumbrado a soñar tanto tiempo seguido y hablé con el rey para que me diera permiso para irme.

—Eso no es problema mío –dijo– Te las sabrás ingeniar…

Estuve un bojote de días pensando y requetepensando hasta que por fin resolví pedirle a unos zamuros que iban volando que me hicieran el favor de bajarme hasta la Tierra. Ellos me dijeron que me agarrara de sus patas. Entonces yo me despedí del rey y le di las gracias y él me regaló un cuchillo de hielo bien bonito.

Estuvimos varios días baja que baja hasta que por fin llegamos.

–¿Dónde te dejamos? –preguntaron. Yo les dije que me esperaran porque les iba a dar un regalo en agradecimiento.

Como era de noche, entré escondido y empinado al palacio y le clavé el puñal de hielo en el corazón al gran jefe del Imperio. Salí y les dije a los zamuros: "Ese es su regalo… ¡Cómanselo!".

Ellos se hartaron y se fueron de lo más contentos, y yo desde entonces puedo –estando en la Tierra– pasármela en la luna, tranquilo, soñando…

2003

Joaquín

Las gentes pululaban en el velorio de Joaquín, y como sucede siempre en los velorios, se acercaban a la urna para ver al muerto. Pero ésta estaba herméticamente cerrada y con el vidrio tapado. Encima estaba una nota escrita de puño y letra del difunto. Decía: "Nadie podrá decir que quedé igualito, el escopetazo me lo daré en la cara"…

2004

Alquimia

Él estaba muy bien vestido: corbata, paltó, cuelloduro, zapatos pulidos. Ella estaba pálida, fría e inmóvil. La cargó y la colocó a duras penas sobre la mesa y la contempló brevemente. De pronto, como rompiendo su indecisión, empuñó el hierro puntiagudo y la rasguñó con furia por todos lados salpicando suelo, paredes, techo y a él mismo. Sin descansar aumentó la fuerza de su arremetida, esta vez con punzadas penetrantes y cortantes que hacían saltar algunos pedazos. Sudaba. Con seguridad aquella imagen lívida nunca tuvo vida cuando fue colocada en la mesa.

Jaló una silla y se sentó a observar el resultado de su afán; ningún sentimiento lo alteraba, pero en sus labios flotaba un rictus de satisfacción. Puso en la mesa un recipiente de vidrio que contenía un líquido amarillento, resultante de una mezcla vegetal con una sustancia desinfectante. Recogió de la mesa y del suelo varios pedazos de aquel cuerpo gélido, los echó dentro del brebaje purificador y con el mismo punzón con que había hecho el desastroso picadillo los revolvió desesperadamente.

Luego se paró poco a poco, y con la mirada extraviada y dando traspiés, puso en la mesa el picahielos y dejando el reguero de hielo, agitó suavemente el vaso y siguió echándose palos…

2006

Índice

Prolegómeno breve 9

La navaja 11

El principito y la flor 13

El secreto 17

El mundo de Enriquito 19

La muerte de Ezequiel 21

La espera 25

La infinita y espantosa angustia

de Melitón Sánchez 27

Pusilio 29

Rutilio 31

La elección de Clarita 33

El gallo pelón 35

Barbarie 37

Pedro, Pablo y María 39

Asdrúbal 41

El ahorcado 43

Froilán 45

El guerrero 47

El duende del espejo 49

Cuento de Navidad 53

Collage 55

Cuento tonto 57

Basilius 59

El descuido 61

El destierro 63

Joaquín 65

Alquimia 67

Edición digital
Octubre de 2018
Caracas, Venezuela.

Eduardo Sanoja (Caracas, 1937). Reside en Barquisimeto, estado Lara, desde 1978. Entre sus actividades figura la de haber trabajado para los diarios *Últimas Noticias*, *El Nacional* y *El Informador*, de Barquisimeto. Ha practicado diversos deportes de combate, experimentando así el juego o pelea de palos. Es a través de esta práctica que descubre el garrote como instrumento deportivo y también artístico, teniendo un papel determinante en su obra escrita. Entre sus publicaciones se cuentan: *Bernegal* (poemario, 1977), *Juego de garrote larense* (1982), *El garrote en nuestras letras* (en coautoría con Irene Zerpa, 1990), *Óxido* (poemario, 1992), *Juego de palos* (guía bibliohemerográfica para su estudio, 1996) y *Filosofadurías* (2006).

Un hombre acerca su ojo al ombligo de otro y a través de él se le revela la historia de todos los hombres, los dioses que suceden a otros dioses y los confines de la máquina cósmica; el universo entero. Un artista se corta la yugular tratando de matar una cucaracha. Alguien descubre que el día más importante, el que ha esperado toda su vida, es el de su muerte. Este libro de Eduardo Sanoja se inscribe en la mejor tradición del gran escritor guatemalteco Augusto Monterroso, pues el humor sarcástico, el ingenio y la destreza en el manejo de los temas elegidos, hacen de estos cuentos breves un verdadero disfrute para el lector.

9 789801 443186

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura